

Respuestas a Universitarios

SANTIAGO DE ANTÚA, S. J.

Los universitarios de todo el mundo preguntan, preguntan preguntan. Quieren saber el "por qué" de muchas cosas. Unos de buena fe. Otros de mala fe. Los "camaradas" que actúan entre ellos también siguen esa táctica. Envolver a los incautos a fuerza de interrogantes, por aquello de que más pregunta un necio que responde un sabio. Cuando el incauto muchacho se queda sin palabra (o la muchacha, porque hasta las alumnas de bachillerato son objeto de esta "ofensiva") entonces son ellos los que les espetan una respuesta bien preparada y extraída adhoc de los más puros veneros del marxismo científico. Y si no les convencen, por lo menos los confunden y los marean y les hacen dudar... de muchas cosas.

Algunos de ellos, los más sinceros, acuden con sus problemas a quienes pueden orientarles. El P. Antúa, uno de los que son más visitados, ha decidido remitirnos algunas de sus respuestas que puedan orientar a otros y servir para solucionar problemas análogos.

1.—El Tabú de la Libertad

La filosofía existencial ha puesto en justo relieve el papel de la libertad en la persona humana. Aunque en no pocas ocasiones ha llegado al absurdo de una libertad sin límites. Así STIRNER llega a poner absolutamente la esencia del valor moral en la afirmación de la propia personalidad y de su libertad. Por eso no puede haber una norma universal de moralidad: "No soy un YO conforme o semejante a otros YO, sino solamente YO; soy UNICO".

SARTRE fundamenta semejantemente su ética personalista. Dice: el hombre es esencialmente conciencia. En esto se distingue de los demás seres. Y la conciencia es esencialmente un proyectarse hacia afuera, hacia los demás seres. No hay conciencia, si no es conciencia de algo, que en cuanto tal es distinto de la misma conciencia. Aun cuando el objeto de nuestra conciencia seamos nosotros mismos, se establece en nosotros una dualidad: el sujeto consciente y el sujeto objeto de esa conciencia. De esta manera tenemos que distanciarnos de nosotros mismos, salir de nosotros mismos, tender a un objeto lejano, para tener conciencia de nosotros mismos. La conciencia es proyectarse. Y esta proyección es lo que hace al hombre consciente y así auténticamente hombre. Y este desligarse de sí mismo es lo que constituye la libertad. Por tanto no hay valores objetivos. Lo único que importa es la decisión, ser conscientes, salir de sí mismo. Este es el cometido de la vida del hombre: realizarse a sí mismo, usar de su libertad. Qué es lo que haga no es cometido de la ética, sino de la historia. Nerón y Pablo de Tarso fueron dos grandes personalidades que cumplieron con su destino de vida, aunque la historia los juzgue de diversa manera.

2.—Libertad y ética

Algo de estas teorías se ha inoculado en nuestra juventud. Y así ha nacido el culto a la

personalidad. Y no hemos de negar que la libertad es la que constituye al hombre en persona, sujeto de derechos. Pero la libertad no es el primer valor: supone el valor moral.

La introspección nos manifiesta que ante la elección de nuestra libertad se presenta ya el objeto con valoración moral; que podemos hacer el mal o evitarlo, hacer el bien o hacer el mal. Y esta advertencia es condición indispensable para la valoración de nuestra acción moral. El valor es algo absoluto en sí mismo, y como tal aprehendido. El mismo ejercicio de la libertad presupone el juicio valorativo de la acción. Si este juicio no se diera obraríamos no racionalmente, sino instintivamente, y la acción dejaría de ser personal. Por tanto, el mero ejercicio de la actividad no es valor en sí mismo y mucho menos fuente de valores.

Por otra parte, si decimos que todo el valor de la libertad consiste en que expresa el valor del sujeto individual, presupone ya el valor antecedente de este mismo sujeto, cuya expresión es el ejercicio de la libertad. Y el valor del sujeto racional no se funda en que "obra" —también los animales tienen actividad— sino en que obra racionalmente; es decir, de cara a una escala de valores.

Así la teoría Sartriana destruye toda diferencia entre el bien y el mal. Ya que para Sartre sólo es bueno lo que se hace libremente, malo lo que se hace coactivamente. Pero está claro que todo acto no libre no es tampoco moral e imputable; luego no habría maldad moral.

Sartre ve la maldad únicamente en el sometimiento a toda norma esotérica, que constriña la libre actividad del hombre. Pero aún así, diríamos: ¿con qué razón se llama a esto malo, si el hombre se somete a esta norma libremente, ejercitando así su libertad de autodeterminación?

3.—El hombre individuo social

Si desde un punto de vista meramente personal la libertad no aparece como el valor pri-

mero y absoluto, esto es más evidente desde el punto de vista social del hombre.

No queremos caer en los absurdos de las escuelas sociológicas de Stuart Mill, Durkheim, ni en los postulados absolutos de la ética marxista, que algún día comentaremos. El Estado no es el fin del individuo. El Estado está para velar por el bien común, que redunda en el bien particular de todos y cada uno de los individuos y ciudadanos. Pero puesta esta premisa, no podemos negar el ser social del hombre. El hombre es un individuo social. Por paradójico que parezca este maridaje de individuo social, la misma introspección nos hace concluir que el individuo sólo halla su posible perfección en la sociedad, a la cual tiende naturalmente. Así el Estado es una sociedad natural, buscada naturalmente, para procurar el bien de todos. Y este bien común implica como factor primordial la tutela de los derechos individuales de todos, en la conjugación dialéctica de individualidad y socialidad. Por eso la libertad humana implica la misma paradoja que el hombre individuo-social, que señalábamos más arriba. Y la tutela de la propia libertad llevará a la limitación de la misma, en cuanto lo exige la tutela de las demás libertades individuales, cuyo ejercicio también se ha de salvaguardar. De ahí la finalidad del Estado según Kant: la libre conjugación de las libertades individuales de los ciudadanos. Y esta finalidad es la que hace surgir en el Estado el derecho de coacción.

4.—Democracia y libertad

Con las premisas puestas más arriba podemos ya concluir hasta dónde se extiende el poder del Estado, aunque este sea democrático. La libertad individual se puede extender dentro de los límites del bien moral que presupone, y dentro de estos límites, está aún limitada por el ejercicio, también legítimo, de las otras individualidades personales con las que convivo.

Dos límites tiene, pues, la libertad individual: el absoluto del bien moral, y el relativo del bien social.

Así la libertad de prensa, de asociación, de cátedra, no sólo ha de ser regulada por las normas de la moralidad absoluta, sino también por las exigencias del bien común. Las normas municipales de tránsito, aduanas etc., son una limitación justa de la libertad individual, aun dentro de la escala de valores morales absolutos.

5.—Democracia y libertad política

Según esto, en un país democrático, se han de permitir todas las tendencias políticas? Concretamente; ¿se puede poner fuera de ley a una ideología determinada?

La conclusión nos parece evidente, admitidas las premisas anteriores. Si la tal ideología es en sí misma mala, no tiene derecho a existir. La libertad individual no puede sobrepasar los límites del valor moral, en que se basa su propio valor personal.

Incluso, si tal ideología está dentro de los límites del bien moral, pero es actualmente perjudicial al bien común de la nación, el Estado, en virtud de su finalidad esencial de tutelar este bien común, podrá regularla y aun impedirla.

No es, por tanto, dictadura toda represión de la libertad individual, ni siquiera la represión política de grupos minoritarios perniciosos. Así lo han entendido países que profesan, al menos externamente, la democracia. Alemania Occidental, república democrática, ha puesto fuera de ley al comunismo. Y, al menos por esto, no deja de ser democrática. El comunismo pretende destruir, incluso por la represión violenta, toda idea capitalista; mientras asegura que él, el comunismo, es la auténtica democracia del pueblo.

Notemos de paso, que hablar de democracia de una clase es en sí mismo contradictorio.

